



La copa de Guaky

Ignacio Ávalos Gutiérrez*

Después de casi un siglo de existencia, la Copa América tuvo lugar en este país, catalogado de caribeño y, por ende, de beisbolero, cuyo equipo nacional siempre había acudido al certamen disfrazado de cenicienta. Venezuela fue, pues, la sede de esta fiesta religiosa, devoción de más de 1.550 millones de telefelegreses. Se trató, desde luego, de un evento realizado bajo los cánones impuestos por la FIFA, suerte de Vaticano del balompié, de una eficacia que, por cierto, ya quisiera la ONU, y al cual asistieron doce equipos con la única finalidad —y no es paradójica, ojo— de reivindicar el patriotismo en estos tiempos de globalización.

ANFITRIÓN A LA CRIOLLA

Como suele suceder en el trópico, las obras requeridas para el campeonato se comenzaron a destiempo. El país hizo las cosas, no podía ser de otra manera, a su estilo y a su aire, conforme a lo dispuesto en “the venezuelan way of doing things”, y perdón por la expresión: todo con el reloj encima, bajo presión, de ser posible con el agua al cuello, sucumbiendo a la tentación de los operativos, actos heroicos de última hora, propios del noveno inning, cuando ya no hay mañana y las tareas deben terminarse porque sí.

Las autoridades del fútbol suramericano realizaron diversas inspecciones y, dos semanas antes de la inauguración del certamen, dieron su visto bueno. Las instalaciones estaban aptas para jugar, conforme dejaron sentado en su

informe, lo cual no significaba, sin embargo, que estuvieran del todo terminadas, según pudimos observar en el transcurso del campeonato. Pero sea como fuere, se construyeron o remodelaron nueve estadios, a la par de los mejores del continente, gracias a una nada despreciable inversión de mil millones de dólares, cerca de doce veces más, por cierto de lo que se gastó Perú en la organización de la copa anterior. Estadios bien diseñados, varios de ellos espectaculares, con un aforo que, en algunos casos, pareciera exagerado, como en el Monumental de Maturín, capaz albergar a 52.000 almas, cuando la asistencia regular a los partidos del equipo local que interviene en el campeonato profesional, no suele llegar, en la mejor de las circunstancias, a los ¡tres mil fanáticos!

Por otro lado, la organización del evento tuvo ciertos baches, el más notable de ellos relacionado con la venta de los boletos, convertida en un verdadero calvario para los aficionados, incluso de los venidos de afuera (¡qué pena con esos señores!, pensaba uno, de puro patriotero). Sobreventa, acaparamiento por parte de algunas entidades gubernamentales, ineficiencia de la empresa privada encargada de la entrega de los tickets, en fin, casi no hubo irregularidad que no se cometiera. Adicionalmente, los hoteles se vieron desbordados, señal, de paso, de que el país no obstante de lo mucho que ha hablado del turismo, desde hace, al menos, un cuarto de siglo, todavía se encuentra casi en pañales en este terreno.



LA POLITIZACIÓN QUE NO PODÍA FALTAR

La Copa América también formó parte, no podía ser de otra manera, de la discusión política venezolana. Partidarios y opositores del gobierno sacaron a relucir sus argumentos para convertirla en parte de ella. Que si los estadios, que si las entradas, que si la organización, que si los hoteles, en fin, desde cada lado se encararon estos temas de la manera que más le convenía a cada quien, halando la brasa para su sardina. Éxito rotundo versus sonoro fracaso, he allí los términos de un litigio maniqueo, impregnado por la lógica binaria que domina el debate nacional en los días que corren.

Así las cosas, el gobierno habló en varias oportunidades de la posibilidad de un sabotaje del evento por parte de algunos sectores de la oposición, mientras que éstos denunciaban la politización del certamen por parte de aquél. Lo primero no ocurrió, afortunadamente, aunque algunos voceros adversarios del oficialismo no escatimaban esfuerzo ni ingenio para ver en todo momento los pelos en la sopa de la Copa. Y en cuanto a lo segundo, si bien el gobierno no dejó pasar ocasión alguna para ensalzar el evento como obra de la revolución bolivariana, lo hizo en términos que, visto su habitual estilo de comunicación, no resultó tan estridente. La transmisión de los juegos por parte de TVese, con la pretensión de graduarse de canal nacional bajo la batuta, nada menos, que de Papaíto Candal –sentado, por cierto, en el banquillo de los traidores,

por algunos ayatolas de la oposición–, fue llevada a cabo con una cierta discreción política que ya quisiera uno observarla en otros casos. Tuvimos, en fin una Copa apacible en donde las expectativas de la oposición respecto al gobierno y de éste con respecto a aquélla, afortunadamente no se cumplieron.

Resultó interesante observar, por otra parte, un forcejeo político dentro del propio chavismo a propósito de la manera como se concibió y realizó la Copa América en suelo venezolano. Frente a los pragmáticos, llamémoslos así, que consideraban que lo importante fue llevar a cabo el evento, los que asumen las posiciones más tajantes dentro del proceso que lleva adelante el presidente Chávez, se preguntaban, en cambio, si la misma fue organizada según los cánones inspirados por la propuesta del Socialismo del Siglo XXI. Si resultaba congruente, por tanto, haber edificado enormes estadios, y encima lujosos, incluyendo, por ejemplo, poco democráticas secciones vip con ascensores y todo, o haber dejado tan amplia participación a las empresas multinacionales y permitido tanto negocio, dentro de un marco de exacerbado consumismo deportivo. Y como éstos, otros reparos que dejaron la queja ideológica por no haber realizado un torneo más austero, con más sentido popular, en fin, de “características más revolucionarias y menos capitalistas”, según me dijo un amigo. Dicho sea de paso, la anterior forma parte de una controversia mucho más amplia y compleja sobre el deporte nacional, sobre su filosofía, sus objetivos y

sus modos de organizarlo, tema de grueso calibre que hasta ahora ha sido relativamente esquivado por la opinión pública del país.

UNA DOCENA DE EQUIPOS CON DISTINTAS PRETENSIONES

Aterrizaron en Venezuela doce equipos. Curiosamente no todos vinieron a ganar. Varios de ellos viajaron, más bien, para probar jugadores jóvenes con vistas a las eliminatorias del próximo campeonato mundial, mostrando, de paso, cierto desdén por la Copa América. De igual manera, algunos futbolistas prefirieron no participar, decidieron descansar después de haber actuado con sus respectivos equipos a lo largo de una temporada que ya pareciera comenzar a tener, tanto en Europa como en América Latina, visos de crueldad debido a las exigencias a las que son sometidos los jugadores a lo largo de interminables sesiones de entrenamiento e innumerables partidos oficiales.

Pero, en general, los equipos vinieron con lo mejor de sus bodegas. Quizá lo que mejor lo revele sea el hecho de que de los 264 futbolistas que integraron las selecciones que participaron, más del 80% juega fuera de su país, sobre todo en Europa, a cambio de sueldos millonarios que dicen muy claramente de su calidad, reconocida por un mercado grande y cada vez más dinámico que, desde luego, se comporta según las reglas típicas del capitalismo. Como diría cualquier economista, las piernas son una “commodity” igual a cualquier otra y se

transan de acuerdo a los vaivenes determinados por las leyes de oferta y demanda.

Sacando cuentas de lo que fue la Copa –advierto que escribo estas notas sin que se haya celebrado la final entre Argentina y Brasil–, cabría decir que la misma no produjo muchas sorpresas en cuanto a los resultados pronosticados, tanto por adivinos como por expertos. En otras palabras, quedaron arriba los que debían quedar arriba y abajo los que debían quedar abajo, apenas hubo algunos ligeros imprevistos (el fracaso ecuatoriano, y la decepción colombiana, por ejemplo). De resto se observó lo que se viene observando desde hace unos cuantos años, me refiero a un deporte cada vez más dependiente de hombres de casi dos metros, formateados en puro músculo y capaces de correr sin parar durante los noventa minutos de juego. Pero gracias a Dios también estuvieron presentes tipos como la Pulga Messi, Robinho y el mexicano Nery Castillo, a fin de recordarnos que el fútbol no es asunto de tamaño y de fuerza, sino de ingenio y osadía, así mismo de arte.

LA VINOTINTO: MUCHO OPTIMISMO Y POCAS NUECES

En su partido de octavos de final, la selección nacional sudó la camiseta hasta más no poder, pero Uruguay le resultó demasiado rival por su juego, por su oficio, por su historia. El país se había colgado de una ilusión –las expectativas se salieron de cauce, me parece– y el cuatro a uno de esa noche nos devolvió

a la realidad, recogida en un saldo discreto de apenas una victoria, dos empates y una derrota. Nada, pues, como para ufanarse de hazañas históricas, según se ha pregonado con épica exageración.

Venezuela mostró progresos, sin duda, y haberse quitado, como lo hizo, el ropaje de la humilde cenicienta, no fue detalle menor. Pero logró llegar hasta donde era lógico esperar que llegara con el viento a favor, dada su condición de local. Resultaba imposible ir más lejos, vista la debilidad en el andamiaje del balompié criollo. En efecto, si es cierto, como lo demuestra la experiencia de todos los países en cualquier época, que la selección de un país es el reflejo de la manera como se encuentran las bases de su fútbol, no podíamos pretender más que lo que se consiguió.

Pero la exagerada confianza nos desbordó a todos y, en particular, a los propios directivos e integrantes de la vinotinto. El país se enganchó a un sueño –llegar a la semifinal e incluso, por qué no, a la final–, un sueño casi imposible de alcanzar, vistas, reitero, las precariedades de nuestro balompié, y, para muestra, basta no más con asomarse a la ventana que da hacia nuestro campeonato profesional. Esa noche, la de la derrota ante la celeste charrúa, volvimos a sentir que el desempeño de la vinotinto sigue rodeado de casualidades, más que de causalidades. Así, a los errores que sin duda se cometieron en la conducción misma del combinado nacional, en particular su falta de renovación, el apego a la titularidad de varios jugadores que rebasaron los treinta años,

hay que sumar, para entender bien las cosas, el déficit estructural de nuestro fútbol.

La vinotinto murió de optimismo, pudiera, entonces, decirse. Hay aquí, de paso, un tema al que debe metérsele la uña a fin de esclarecer esa vieja y arraigada tendencia tropical a ocultar la realidad, a soslayarla, a brincarle por encima, creyendo que así nos va mejor. Es como si en el ADN criollo faltara el conjunto de genes responsable del cablecito a tierra, como si los venezolanos estuviéramos mirando siempre hacia el cielo a la espera de un milagro. Y no sólo en el fútbol, por cierto.

* Sociólogo y articulista de *El Nacional*

